

arte, a la vida del espíritu. Acaso venga la explosión, como sucedió en los Países Bajos, de la plenitud del florecimiento material.

El *dilettantismo* de buen tono de los jóvenes bien educados nos pierde. Pasear por las alturas de Archanda, echar un *taco* de chacolí, es ordinario. Unos a otros se prestan en el Arenal la última novela de Pereda, la comentan, gustan de la montaña de Santander, alindada por un artista, y no ven ni sienten sino por fuera la suya. Leen a Selgas y van a las Arenas. Las Arenas, ¡horror!, más vale no hablar de las Arenas.

Falta en nuestro país el calor que viene de fuera, pero tenemos el calor que viene de dentro, del estómago repleto. ¡Uf!, dirá usted, ¡qué poco poético es esto! Va en gustos. Una buena mesa, el calor de la sangre, que luego se convierte en agilidad y alegría, la poesía de la vida, la satisfacción de vivir.

¡Oh Rabelais, Rabelais! No se escandalice nadie, lo digo en el sentido más puro, más limpio: ¡oh la poesía de la carne! De ella brota nuestra actividad, nuestro hábito de trabajo. Hay un ideal puesto fuera de la vida, hay otro puesto en ella; unos buscan una felicidad infinita fuera del mundo; nosotros, sin renunciar a ésta, buscamos en el mundo la felicidad, recogiendo sus granitos esparcidos entre penas y sin renunciar a otra más perdurable.

¡Mi país, mi país verde, húmedo, graso, pletórico de sangre, linfático! Me parece estar viendo los cuadros de Teniers.

Cuando veo los cuadritos de la escuela holandesa me acuerdo de mi tierra. Aquellos interiores, con olor a humo y vaho de cerveza, en que unos hombres coloradotes, grasos, satisfechos, beben a jarra, recuerdan nuestros chacolíes, nuestras sidrerías. Y ¿hay nada más parecido a nuestras romerías que las de Teniers? Romería vascongada hay en cuadro que parece una del maestro holandés.